

LA SORPRESA DE MONTILLA

Francisco Marhuenda

No me importa reconocer mi sorpresa. Esperaba uno de esos aburridos discursos que escucho desde 1980. Es la liturgia parlamentaria, que no comparto pero respeto. El candidato tiene unos folios sobre el atril, elaborados con sus asesores y que recogemos los periodistas. Montilla no defraudó en la primera parte. Era un aburrido programa de gobierno, al igual que Pujol o Maragall. Fue un excelente alcalde de Cornellà, un eficaz líder del PSC y un ministro de Industria que le tocó lidiar con toros muy bravos. Los convergentes están irritados porque será el 128 presidente de la Generalitat, pero mis amables lectores pueden coincidir conmigo en que hay que dar la bienvenida a este signo de normalidad. El nuevo presidente representa a la mayoría de la sociedad catalana y no es un nacionalista. Es un catalán que quiere gobernar al servicio de los catalanes y que no tiene complejos identitarios.

Es un salto cualitativo de enorme trascendencia. La primera parte de su discurso se circunscribió al guión, algo razonable, pero la segunda dejó descolocados a propios y ajenos. Montilla se mostró sin artificios. Un catalán más preocupado por el futuro que por el pasado, por sus hijos que por sus ancestros, por la eficacia y no por la retórica artificial de quienes esconden la fragilidad de sus argumentos detrás de la senyera. Es una etapa muy interesante. Montilla no quiere ser lo que no es, pero lo más importante es que no tiene ningún complejo a la hora de expresarlo. La parte final de su intervención sirvió para que los catalanes le conocieran. Fue una sinceridad sorprendente, porque estamos acostumbrados al artificio. Montilla no quiere ser ni un gran orador ni un líder carismático sino un gestor eficaz preocupado por la gente.

Artículo publicado en La Razón el 24 de noviembre de 2006